

LOS SUCESOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.

LA GUERRA

Nuestra caricatura, reproducción de una del periódico inglés "The Daily Mirror", es una gran verdad.

La hipocresía de Europa reproducida.

Hacen como que quieren evitar la guerra: es decir, han hecho como que querían evitar la guerra contra los Estados Balkánicos y Turquía, y no han hecho nada; se han dormido, han llegado tarde, y ahora que la cosa es inevitable se lamentan, lo deploran, sienten su impotencia por no haber podido hacer nada por la paz.

Tiene razón la caricatura: la fuerza de Rusia, Austria, Italia, Alemania, etc., es bastante para poder, si hubiesen querido, imponer la paz á la fuerza, y en lugar de ruegos, súplicas y peticiones, podrían haber obligado á cada uno de los Estados á estarse quietecitos en su casa y no perturbar la tranquilidad de Europa. Lo gracioso es que las grandes potencias dicen ahora, cuando miles y miles de hombres se están destrozando, cuando los cañones retumban sembrando la muerte en la península, que si Turquía sale victoriosa, no consentirán que ninguno de los pequeños Estados Montenegro, Servia, Bulgaria y Grecia, pierdan nada de su territorio; pero que tampoco permitirán en caso contrario, es decir si los otomanos salen derrotados, que nadie toque la integridad del territorio turco.

Y entonces, ¿para qué pelear? ¿Para qué permitir que se destrocen los ejércitos beligerantes?

Si las grandes naciones no se enzarzan y estalla la guerra europea, lo que sería lamentable, pero



El inspirado poeta D. Germán González de Zavala, que acaba de publicar un tomo de bellísimas poesías, titulado "Sonatas". No necesitamos hacer elogios sobre la obra: el nombre del autor basta. Su valor queda realzado por un prólogo en verso, una joyita de Villalpessa. Miel sobre hojuelas.

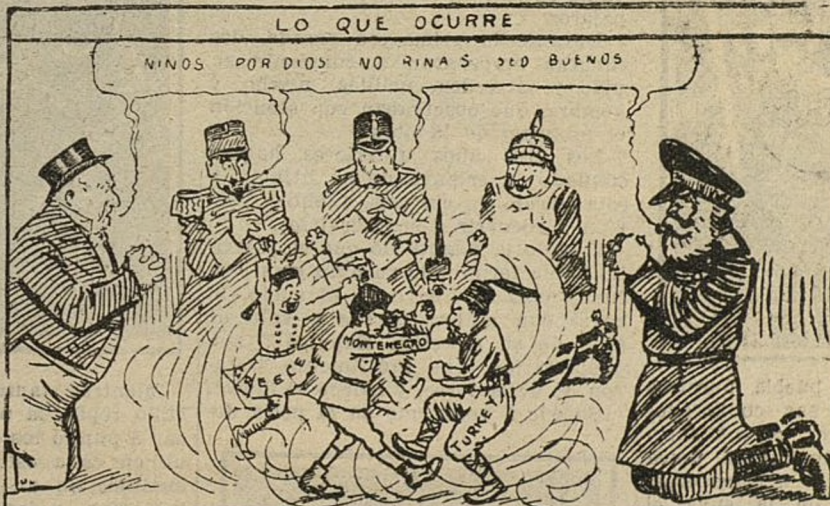
merecido, ya hablarán al tratarse la paz, y como siempre del árbol caído todos hacen leña, la leña la pagará la pobre Turquía, y con ella asarán sus sardinas las grandes potencias europeas. Por eso decimos que la caricatura retrata bien á Europa. En su hipocresía ruega é implora, pero todo mentira, porque esperan salir ganando. ¡Cuánto mejor fuera que cada una de ellas se hubiese hecho cargo de los revoltosos y después de un par de azotitos les hubiera obligado á estarse quietecitos en su casa.

Ahora ya es tarde para que lo hagan. Con verdadera furia montenegrinos, serbios, búlgaros y griegos atacan á Turquía, han invadido el territorio del imperio otomano y se destrozán en descomunales y gigantescas batallas. Según noticias, los turcos llevan la de perder, pues hasta ahora han sido siempre atacados por fuerzas superiores. Batiéndose como lo hacen ambos lados beligerantes se comprende que las bajas sean colosales. Si es cierto lo que aseguran con respecto á los cañones pronto se acabará la guerra por falta de Artillería entre los turcos. Todos los días leemos: los búlgaros se apoderaron de 60 cañones, los serbios de 40, los griegos de 15 y los montenegrinos de dos baterías.

Si así sigue esto, por consunción terminará la guerra.

La censura búlgara es severísima y como cada cual habla de las victorias y derrotas como le place, las noticias son tan contradictorias ó por lo menos tan exageradas que es difícil formarse exacta idea del estado actual de la campaña.

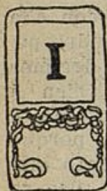
Lo que sí parece indudable, es que hasta ahora los turcos llevan la peor parte, sin embargo, eso nada quiere decir, pues los turcos no han podido aún reunir todos sus contingentes.



El misterio

:: :: del :: ::

:: :: cuclillo :: ::



INTERESANTÍSIMAS son las instantáneas que ilustran esta información, que son un alarde de paciencia del gran naturalista inglés Olivier G. Pike. Es el cuclillo una de las aves más salvajes, difícil de observar, pues al menor ruido huye y se esconde, y esta intranquilidad aumenta en la primavera, cuando se acerca la hora de poner sus huevos.

Su vida es entonces una serie no interrumpida de idas y venidas, alrededor del nido, de rama en rama, de árbol en árbol.



Aunque ave que puebla nuestros montes y bosques, sus confitados nos son poco conocidos; pero sí sabemos, que tiene la costumbre única en ornitología, de dejar á otras especies, muy distintas de la suya, el cuidado de empollar sus huevos y de alimentar á los pequeñuelos.

¿A qué se debe ésto?

La dificultad de una contestación lógica á esta pregunta, se hace mayor, si se tiene en cuenta, según asegura el naturalista inglés, que los padres del cuclillo no abandonan por completo sus huevos; por el contrario, los vigilan cuidadosamente, pasan todo el tiempo en las cercanías del nido usurpado, presencian el nacimiento de sus polluelos, observan, siempre á distancia, las comidas de su prole y no se separan de las cercanías, mientras los pequeños cuclillos no hayan alcanzado su completo desarrollo.

Así pues, no podemos decir que el cuclillo sea un padre desnaturalizado.

No solamente los padres regresan todos los años en la época de los amores al mismo paraje, sino que se es-



fuerzan por encontrar la pareja de curucas ó verdeles que el año anterior incubó sus huevos y fueron los padres adoptivos de sus polluelos en las primaveras precedentes, y como estas aves construyen sus nidos casi siempre en los mismos sitios, el cuclillo fácilmente les encuentra.

—Hace cuatro años—cuenta mister Pike—, que vengo observando una pareja de cuclillos al mismo tiempo que á varias de curucas y verdeles, que regularmente hacen sus nidos en el mismo grupo de árboles y todos los años he podido ver un huevo de cuclillo en los nidos de los otros pájaros.

Durante la primavera pasada, dos curucas empezaron á construir su nido y vi á dos cuclillos, macho y hembra, que observaban con atención el progreso de la obra.

Los tres años anteriores habían confiado la crianza de su hijuelo á esta pareja de curucas, y ahora volvían á recurrir á sus servicios.

Cuando la madre vió que el pajarillo había terminado su nido y su postura, puso su huevo en el suelo, lo cogió con ambas garras y voló al nido de su elección. Expulsó á sus propietarios, que inútilmente trataron de defenderse, y colocó el huevo. Sucede á veces que en la pelea de-



jan caer el huevo, pero la mayoría de las veces consiguen su propósito. Una vez colocado el huevo en el nido roba-

do, arroja al suelo uno ó dos de los allí encontrados.

¡Expoliación é infanticidio!

Así empieza el cuclillo.

La curuca vuelve á su hogar, se echa sobre los huevos, sin darse cuenta de la sustitución, y empieza á incubarlos todos.



Mientras tanto, la hembra del cuclillo repite la operación, hasta colocar á pupilo los cinco huevos que pone en cada estación. Sabe que dos cuclillos en un mismo nido se destrozarían, y jamás pone dos huevos en el mismo.

Si alguna vez se han visto dos huevos en el mismo nido, es que han sido allí colocados por dos madres diferentes.

Ya hemos dicho que los cuclillos no son padres desnaturalizados. En efecto, todos los días, los padres visitan los cinco nidos donde tienen los huevos en incubación.

Esto no debe extrañarnos, pues entre los humanos es frecuente que los padres vayan á ver una vez al día al hijo que tienen á los pechos de su ama en el cuarto más apartado de la casa.

A los trece días, el huevo puesto en ama se rompe, y nace el cuclillo antes de que hayan nacido los polluelos curuca ó el verdel.

El recién nacido es una bolita de carne, desprovista de plumas, con

los ojazos cerrados, y abre el pico desmesuradamente, pidiendo alimento. Su impotencia es grande; pero

de los ruidos vecinos; es decir, que casi les hace verter lágrimas de compasión y ternura. El naturalista dice que ha visto repetidas veces, á varios pájaros detener el vuelo y bajar á dar de comer al glotón cucullillo la oruga ó el grano destinado á sus polluelos, como queriendo calmar el dolor del prójimo.

¡Pobres pájaros que forman la especie de los enganados, de los "primos"!

Sucede á veces que el cucullillo se acomode en un sitio donde los padres adoptivos pueden posarse, y entonces éstos, más pequeños que el huésped se montan en él y le dan de comer.

Nuestros grabados dan idea de estos sucesos, fotografiados por Mr. Pike.

Al llegar el otoño, el cucullillo que teme el frío, se prepara para ir á buscar climas más suave. Al llegar el fin de Octubre, el cucullillo desaparece.

¿Cómo hace estos largos viajes? ¿Solo? ¿En bandadas? Este es otro secreto por resolver del pájaro misterioso.

Admirable ha sido el trabajo del brillante naturalista Mr. Olivier G. Pike que ha sabido ser á la par un sagaz observador y un fotógrafo de una paciencia inagotable.

Gracias á esa paciencia ha ogrado obtener una serie de encantadoras fotografías sobre el cucullillo y su vida, colección que se puede considerar como una obra maestra y que nosotros tenemos el gusto de reproducir para aquellos de nuestros lectores que gusten de la ornitología.

Fácilmente nos podemos formar una idea de la paciencia stoica que representa esta reconstitución fotográfica de la infancia del cucullillo con sólo pensar que este pájaro es lo más salvaje que se conoce y que al menor ruido huye y no se deja acercar de ningún ser humano.



al tercer día se nota en él el febril deseo de actividad. El cucullillo va á empezar su vida con el asesinato.

A la vista de la madre adoptiva, estupefacta, y de la madre natural, que desde una rama cercana se enorgullece de tener tan digno retoño, el recién nacido se empieza á agitar, como si estuviera atacado de convulsiones, que no tienen otro objeto que arrojar del nido á los legítimos inquilinos.

Después de haber arrojado la madre los huevos que le estorbaban, el hijo mata á sus hermanos de leche.

Empieza la lucha por la existencia.

El joven cucullillo, ciego aun, ha notado que otros seres le molestan, y con instinto extraño, trata de colocarse bajo él, lo que al cabo de algún tiempo consigue.

El pajarillo, también recién nacido acaba por encontrarse sobre el dorso del intruso, y entonces éste le sujeta fuertemente con los alones, y haciendo gran esfuerzo se levanta, y de una sacudida lanza al espacio al hijo de sus padres adoptivos. Así, haciendo enormes esfuerzos cuatro veces más grandes que ellos.

Desde por la mañana, no cesan los padres adoptivos de llenar al joven cucullillo su insaciable panza. El "pit, pit" del hambriento no les deja minuto de reposo.

Pero el pájaro crece, y el nido, que no es tan cariñoso como los verdeles, permanece pequeño, estrecho, para su gran corpachón. Su peso y los movimientos que hace rompen la ramita y cae al suelo; pero el tragaldabas ya con plumas, se instala en el suelo con toda comodidad y se deja querer y alimentar. El chillido del pequeño cucullillo es tan quejumbroso que alarma á todos los padres y madres

El fotógrafo ha tenido que pasar horas enteras, con la cámara dispuesta, buscando el momento oportuno para disparar y obtener una instantánea interesante.

Gracias á esto podemos dar la interesante información que va en estas columnas.

LA VIDA EN BROMA

Un nuevo diestro.

El activo y valiente enemigo de las corridas de toros, D. Eugenio Noel, cuya campaña por provincias le está proporcionando tantas gritas, tuvo en Sevilla que ser protegido por la policía al salir de la conferencia que dió



abominando de la fiesta nacional.

Los sevillanos se lo querían comer crudo. Allí, que hasta las aceitunas son toreras, no había de sentar bien un discurso de propaganda antitaurómaca, aunque la hubiera servido con chatos de manzanilla.

No me extraña, pues, la indignación de que se sintieron poseídos los oyen-

tes al escuchar que la fiesta de los toros es una fiesta bárbara y que los toreros son una calamidad social, difundidores de la incultura, que embrutece al pueblo y le enseñan á empuñar los colchones en días de corrida.

Lo milagroso es que no le arrastraran, porque decir eso en Sevilla, cuna de la tauromaquia y de los grandes toreros, es una ofensa grave al sentimiento público; y encima todavía les llama vagos y afeminados!...

Lo dicho; Noel vive desde el día en que dió esa conferencia.

Suerte que los agentes y guardias que al armarse la "bronca" le protegían eran forasteros; porque si llegan á ser sevillanos y taurófilos lo entregan á las masas y encima le sueltan dos tortas, en lugar de defenderlo. Porque el sentimiento de los toros se hubiera impuesto en ellos al de autoridad. ¡Qué duda cabe!

Pues digo, si llega á dar la conferencia que había prometido dar en Triana contra Belmonte y los belmontistas!... ¡¡R. I. P.!!

El gobernador civil, sin ser torero, estuvo al quite y le salvó de un percance serio, porque lo que pensaban hacer los belmontistas era muy peliagudo. Cogerle entre todos y raparle allí mismo, dejándole coleta.

Y luego soltar un embolado para que se divirtieran los aficionados como en las pantomimas.

¡Noel con coleta y toreando!

¡Amarga y azarosa ha sido la jornada en Sevilla! ¡Pobre apóstol de la civilización!... ¿Quién te ha metido á predicar contra una afición como la de los toros, cuando predicando contra Maura ó contra la pornografía te llevarían en palmas y hasta te pondrían piso con ascensor?

Ya le estoy viendo volver á su casa, lleno de vendajes y chichones y con

coleta, como los diestros que han tenido una tarde mala.

Claro que al verle volver así habrá quien le pregunte:

—¿Vienes de los Balkanes?...

Pero Noel no se arredra. Le ha declarado guerra á muerte al flamenquismo, y vencerá ó morirá en la demanda. No lo sabemos. Lo más probable es que muera. El camino que lleva es ese.

Yo, si fuese amigo suyo, le aconsejaría que no siguiera en Sevilla con



esas propagandas. Pero como no las atenderá,

Termino aquí con Noel

y con mis consejos sanos...

¡Y ahora que los sevillanos se las compongan con él!

F. ROIG BATALLER.

EL AMIGO DEL AUTOR

—Conque, ¿estrenas?

—Chico, estreno.

—¿Y es juguete?

—Sí, juguete.

—Siendo tuyo será bueno y celebraré que pete.

—Muchas gracias. Yo confío; mas tengo un miedo á la vez de padre y muy señor mío.

—Miedo tú? ¡Qué candidez!

Tú vales mucho y no debes abrigar ningún temor.

Es preciso que les pruebes á muchos que eres autor.

Y que aún queda en Madrid un escritor de ingenio que tiene sentido común,

cosa que ya no se ve.

Lo digo como lo siento sin fórmulas engorrosas.

Tú, chico, tienes talento para todas esas cosas.

—¡Hombre por Dios! No exageres.

—Que no exagero, Pascual.

—Eso es por lo que me quieres.

—Y si no, hablaría igual.

—Sólo tengo una afición sin límites á escribir...

—Y gracia é inspiración y cuanto quieras pedir.

—Tu cariño exagerado me anonada, lo confieso.

—Ya sabes tú demasiado que es la chipén todo eso.

—Hago lo que buenamente puede hacer un principiante.

—Mucho más, y es evidente que resultarás triunfante.

Y si por casualidad algunos de los que vayan

muestran cierta frialdad,

al juguete que te ensayan, yo, que aunque voy de moreno

soy te ardiente admirador, iré á aplaudirte al estreno, y á llamar luego al autor.

—Te lo agradezco infinito.

—¡No faltaba más!... ¡Iré!

Y si resulta flojito

no importa, ¡lo salvaré!

—Yo te agradezco el favor como es justo y natural.

—¡Adiós, pues, ilustre "autor"!

—¡Adiós, pues, mi buen Pascual!

II

...Y con un lleno horroroso se estrenó el juguete aquel, que fué de cabeza al foso y no volvió ya al cartel.

Pero los mismos testigos de aquella espantosa grita dicen que á tener amigos se salva muy bien la obra.

¿Y Pascual?... ¡Aún lo estoy en la butaca, de pie,

[viendo á voz en grito pidiendo

"que maten" á Bernabé!

Fco. GRACO

EN BUSCA DE MARIDO



En la antigua Damasco vemos á la viudita
Contemplando las cúpulas de arabesca mezquita.
Buscando algo de paz y de calma oriental
En los alrededores de aquella capital.

A poco de llegar, le echó encima la vista
Un misionero joven, un yanki metodista,
Que en Arabia se hallaba cumpliendo su misión
De convertir infieles con cristiana pasión.

El joven misionero, sin cesar se quejaba
De la vida tan triste y sola que pasaba,
Insinuándose siempre, mostrando con calor
Que su vida tenía necesidad de amor.

La viuda sonreía; estaba acostumbrada
A esas insinuaciones y aguardaba, callada,

Hasta que el misionero, desbordando su pasión,
Le hiciese en toda regla una declaración.

He recorrido el mundo, lo anduve **paso** á **paso**;
¿Por qué no he de escucharle? ¿Por qué no ha-
[cerle caso?
Quizás aquí consiga paz y tranquilidad;
Quizás sea esta vida la vida de verdad.

Llegó un día en que fueron, en camellos mon-
[tados,
A un oasis, cercamo. En lo alto encaramados
De las jibas carnosas. Mas empezó á gritar
La viuda, traqueteada por molesto trotar:

—¡Socorro! ¡Que me muero!—decía consternada.
Y el otro, sin oírla, decía: —¡Alma adorada,
Aquí en paz viviremos! —No, no; quiero bajar.
Me tritura los huesos tal modo de viajar.

Desesperada ya del camello, se arroja,
Magullada, rendida, destrozada; se enoja
Con el buen misionero y dice: —¡Se acabó!
Lo que es para estos trotes no he nacido yo.

FERS



LA BELLA MERCEDES

Novela adaptada del inglés, expresamente para "LOS SUCESOS"

beza del caballo que, dando un salto, rodó con el jinete en confuso montón.

Los hombres de la escolta quedaron atónitos al oír los disparos.

Don Emilio, fuera de sí, loco de ira, gritó:

¡Adelante! ¿Qué es eso? ¿Qué hacéis?

Viendo que los hombres no se movían, se acercó á ellos, vociferando:

—¡Cobardes! ¡Gallinas! ¡Adelante! ¡Aquí se ven los bravos! ¡A la lucha, muchachos!

No se movieron.

Carmelo, encarándose con su gente, dijo:

—¡Escuchad! Es inútil que intentéis luchar. No adelantaría nada sino morir todos si disparáis un tiro. Señor Ortega, puedes venir conmigo con toda seguridad, sin peligro alguno si vienes en son de paz. No adelantas nada con rebelarte. Tu poder, tu grandeza, se acabaron en el río Diamante. Ahora somos dos iguales; dos hombres y yo soy el más fuerte de los dos. Elige, pues: O vienes conmigo, solo, completamente solo, ó te quedas ahí.

Miró Don Emilio al coronel.

Este, tumbado al lado del campamento, permaneció mudo, tratando de contener con improvisados vendajes la hemorragia de su brazo roto. Después interrogó á los de su escolta y vió que estaban desmoralizados. Lo vió claro y comprendió la situación.

Se encontró sólo.

Entonces exclamó:

—Iré yo solo, como dices.

Emprendieron los dos solos la caminata hacia la orilla del río.

A los pocos minutos llegaron. Allí estaba Mercedes, su hija, la encantadora muchacha que había llamado la atención en los más elegantes salones; allí estaba, contemplando la corriente, con la cara apoyada en ambas manos y éstas en las rodillas.

Al oír las cercanas pisadas de los caballos, se levantó.

No era ya, en los pocos días que habían pasado desde que por última vez la vimos, la elegante y vaporosa señorita reina de los saraos. Bella, estaba bellísima, más aún si mayor belleza pudiera haber en aquel rostro angelical, pero su vestido estaba roto, ajado, hecho jirones, sucio y empolvado. Lo que cubría sus carnes no era ni siquiera suyo. Una túnica de algodón ordinario y un pobre chal componían las prendas que formaban su tocado y adquiridas en un rancho, donde hicieron alto unos días antes. Cubría su cabeza con un

pañuelo de hierbas de rabioso color amarillo, y por entre sus pliegues salían dos hermosas trenzas de negros cabellos. Sus manos, siempre tan limpias y delicadas, estaban descuidadas, si no sucias, y las botas cubiertas de barro seco; pero estaba tan bella, que el cambio de indumentaria no la perjudicaba en nada. En expresión, sin embargo, había ganado.

Sus ojos brillaban con más fuego; su mirada era más segura; su actitud más de mujer. Aunque se notaba que estaba cansada, sus ojos animados denotaban en ella una nueva y más fuerte vida.

Después de los días y noches pasadas en el desierto, durmiendo al aire libre, envuelta en una manta ó en el poncho, cabalgando de día, quemándose al sol, ennegreciéndose con el humo de los ranchos, soportando los rigores del tiempo, después de ocho días pasados en compañía de hombres primitivos, sin ley ni rey, haciendo una vida semisalvaje durante una semana, el presente se había apoderado de la señorita de Ortega, haciéndola olvidar todo el pasado. Se veía en ella, á pesar de la elegancia, se traslucía su esmerada educación, pero se había adaptado al ambiente. Era una mujer de la pampa, era un ser más en aquel desierto argentino, era ya una verdadera "gaucha".

—Mercedes—dijo Carmelo con dulce voz—, aquí está tu padre que viene á buscarte. Si es de tu gusto, puedes volverte con él. Tú dirás.

La muchacha se levantó; le miró con fijeza, después á su padre, y exclamó:

—No; no quiero irme; yo me quedo aquí.

Su padre dió un salto, como si le hubiesen cruzado la cara de un latigazo.

—¡Criatura!—exclamó—; Mira que Dios te oye! ¿Te atreves á decir semejante cosa, ante tu padre?

—Sí—contestó secamente.

—¿Sabes lo que dices? ¿Qué vergüenza, Dios mío! ¿Sabes lo que dices?—Volvió á preguntar Ortega.

—Sé lo que digo, y lo repito—exclamó Mercedes, mirando fijamente á su padre.—He dicho que me quedo aquí.

—¡Madre de Dios!—gritó Don Emilio.—Es decir, que nos has abandonado por tu propia voluntad!

—Yo no he dicho eso. Yo no les he abandonado por mi gusto; pero

La conciencia le recordaba.

Había abandonado su punto de honor; se había hecho traidor á la patria; revolucionario, desertor, sólo por satisfacer una pasión.

Todo eso había hecho él, un hombre serio, y ahora todas las esperanzas desaparecían como cenizas arrastradas por el viento.

El resto de los hombres que venían unos pasos más atrás, también caminaban silenciosos.

De repente, una voz fuerte, enérgica, varonil, que retumbó en las montañas, produciendo repetidos ecos, gritó:

—¡Alto todo el mundo!

A seis ú ocho metros, enfrente, encima de una roca cubierta de cactus, apareció la figura de Carmelo, rife en mano.

Todos se pararon.

Entonces, el joven, dijo en alta voz:

—Tengo aquí, á mis órdenes, cuatro veces más gente que la que traéis, y si tratáis de avanzar por la fuerza, ni uno de vosotros saldrá con vida. De modo que podéis renunciar el llegar al río. La persona á quien buscáis, Ortega, está muy cerca de aquí. Si quieres, puedes verla, pero para eso es menester que vengas tú sólo.

El coronel sacó el revólver, con intención de tumbar á Carmelo, pero antes que pudiera apuntar sonó un tiro y el coronel, dando un grito, dejó caer el arma.

La bala le había destrozado el brazo.

El militar palideció de ira y, espoleando su caballo, quiso avanzar hasta donde estaba Carmelo, pero otro disparo se oyó, la bala dió en la ca-

lo que sí afirmo, y vuelvo á repetir, es que por mi gusto me quedo.

—¿Estás endiablada, criatura? ¿Estás loca?

—Ni endiablada ni loca—ó las dos cosas, si usted quiere, pero aquí me quedo—replicó Mercedes, con firmeza.

—¿Pero sabes lo que dices? ¿Sabes lo que vas á hacer? ¿Quedarte con el hombre que ha deshonrado á la familia? ¿Sabes tú quién es ese?—preguntó desesperado Don Emilio.

—Sé que este es el hombre á quien amo, á quien adoro, y con él me quedo.

Jamás, jamás me separaré de él. Yo le quiero y él á mí; nos casaremos. Eso es todo.

Carmelo, que había permanecido silencioso durante todo el tiempo, dijo, dirigiéndose á Ortega:

—Pasado mañana llegaremos á Las Lajas. Allí hay un cura y todo se arreglará.

Si la he robado ha sido para eso: por que la quería y la necesitaba para mí, para siempre.

El cura nos echará la bendición y quedaremos casados.

—¡Imposible! ¡Imposible que yo consienta tal infamia!—exclamó, fuera de sí, desesperado, echando espuma por la boca, D. Emilio Ortega.

—Eso lo veremos—replicó Carmelo, cruzándose de brazos.

—Y tú, hija infame—continuó diciendo el padre—. ¿Vas á cometer tal infamia? ¿Vas á consen-

tir llenarnos de oprobio? Piensa en quién eres; piensa en tu educación, en tu cultura, en tu posición social.

A medida que hablaba, la rabia le agotaba las fuerzas. Cambió de tono y siguió diciendo:

—Piensa, hija mía, en tu madre, en tí, en que nos dejas solos, tristes y abandonados. Piensa en que la vida que ahora quieres emprender no es para tí. No estás tú acostumbrada á eso. Medita lo que vas á hacer y acuérdate de nosotros.

¡Por todos los santos del cielo, Mercedes, mira lo que haces!

—Padre—replicó Mercedes con gran serenidad—, he pensado en todo; desde hace ocho días no hago otra cosa y mi resolución es irrevocable. Lo que ha pasado, pasado está. Renuncio al mundo de engaños y mentiras en que he vivido; renuncio á todo. Quédese con la sociedad, con el gran mundo, si así le agrada; yo me retiro de él. Mi felicidad, mi destino están aquí y aquí me quedo, con éste, con mi hombre, con mi Carmelo.

Ortega rogó, suplicó, amenazó, lloró; mas en vano. Lloraba sin lágrimas de mortificación, de vergüenza y de pena.

Mercedes no lloraba. Su mirada era tierna, cariñosa, pero ella permanecía inflexible. A todos los argumentos, ruegos y anatemas de su padre, contestaba siempre lo mismo.

—Aquí me quedo, padre; mi felicidad está aquí, con mi Carmelo.

Como la escena se prolongaba pesadamente, Carmelo cogió un caballo y dirigiéndose á Mercedes, la dijo:

—Tenemos que andar mucho, alma mía, y no podemos perder más tiempo.

Ya se está haciendo tarde.

Mercedes, ayudada por el joven gaucho, montó en su caballo; en el que había ganado Carmelo en la carrera de cintas.

Ortega, desesperado, se agarró al arpón de la silla con una mano, sujetando con la otra las riendas de la cabalgadura.

—Escucha Ortega—le dijo Carmelo.

mató, pero no se me ha olvidado. Entonces juré vivir para vengarme; esperar lo que fuera preciso, y he cumplido mi juramento. Sin embargo, esta no es la venganza que yo había meditado, porque mi plan era otro; hacerte venir aquí, hacerte traer, mejor dicho, y matarte ahí, encima de la tumba de mi marido. He maldecido á mi hijo que era el encargado de traerte á mi presencia cuando ví que era tu hija y no tú lo que había robado. Le he maldecido porque me ha engañado y he maldecido también á tu hija, á quien me faltó muy poco para estrangularla. Carmelo, mi hijo, me detuvo; si no me sujeta, á estas horas no tendrías hija. Después López me ha hecho ver que lo que ha sucedido era mejor, que tu castigo sería más grande viendo así á tu hija, que matarte era cosa de un momento, pero que tu desgracia sería mayor dejándote vivir deshonrado, arruinado y sin hija, por eso no te mato ahora mismo, para que sufras.

No pudo más Ortega y cayó desplomado sobre las rocas.

Quedó atontado del golpe. Amalia calló y al poco rato, cuando le vió que levantaba la cabeza y tapándose la cara con las manos Emilio lloraba, le dijo solemnemente:

—¡Ya estás castigado!

—¡La muerte; mil veces la muerte!—exclamó Ortega amargamente—, Ojalá hubiera muerto antes que vivir un día como este.

—Pues eso es precisamente lo que yo quería, que vieses á tu hija convertida

en gaucha y mujer de mi hijo así, arrancada de la altura social en que estábais, á la vida arrastrada del desierto, del palacio al rancho, y eso por mi hijo y con mi hijo; con el hijo del hombre que mataste. Imagínate eso. Además, tú ves, nosotros te hemos hecho abortar tus planes de revolución y esa es también parte de mi venganza. Ahora te ves sin hija, sin poder, hecho un cualquier cosa, arruinado. Eso lo he hecho yo, ó por lo menos he ayudado al destino á que lo haga y estoy satisfecha de haberlo visto. Ahora nuestros hijos van á Las Lajas, allí les bendicirá un cura si quieren, sino seguirán viviendo como han vivido esta semana.

Con agilidad suma montó en su mula y salió á escape en la dirección que habían seguido Carmelo y Mercedes, sin añadir una palabra más.

Ortega quedó solo, mudo, aterrado, con los brazos caídos á lo largo del cuerpo, la cabeza humillada, llorando como un niño.

FIN



lo—, déjate de esas cosas. Aquí hay una persona que te tiene algo que decir y estaba esperando esta oportunidad.

—Y hace ya tiempo que la espero—más de veintidós años—dijo la madre de Carmelo apareciendo por entre unas espesas chumberas.

Madre é hijo cambiaron una mirada y la joven pareja, picando espuelas, desapareció veloz por entre las rocas.

Don Emilio y la madre de Carmelo quedaron solos.

Amalia, mirándole fijamente, le habló así:

—¿Te acuerdas de mí, Emilio Ortega?

Este bajó la cabeza confundido y acobardado y no replicó.

—¿Te acuerdas, infame, de aquel día, hace veintidós años, que aquí en este mismo sitio, aquí mismo, míralo bien, caíste sobre mi marido y le mataste, porque me codiciabas, asesino? ¿Te acuerdas? Yo estaba ahí cerca, enferma, tumbada entre aquellos matorrales y todo lo ví, y por poco muero de la impresión. No me

COSAS RARAS Y NUEVAS

Los muelles del puerto inglés de Yarmouth presentan constantemente,

LOS MUELLES DE YARMOUTH

en todas las épocas del año, el aspecto único y pintoresco que reproduce nuestro grabado. En una extensión que se pierde de vista simétricamente colocados miles y miles de barriles ocupan grandes extensiones de terreno. Estas barricas contienen pescadillo salado y se exportan á todas partes del mundo. Los hombres de Yarmouth son casi



todos pescadores, las mujeres se encargan de la salazón y de esa manera vive una población de muchos miles de habitantes.

En una playa de moda á donde los californianos acuden por millares no sólo para bañarse sino para divertirse, pues es punto de placeres, los policías llevan consigo una caja de aseo con cepillos, polvos de arroz, horquillas, alfileres, sedas de diferentes colores, jabón y otros efectos de tocador para que damas y caballeros después de las juergas puedan arreglarse en el primer rincón de la calle los desperfectos de la vestimenta.

Un curiosísimo recuerdo de Napoleón I que se perdió en Moscu, cuando la célebre retirada de los franceses, ha sido encontrado recientemente en la tienda de un zapatero remendón de Dopat, pueblecillo del imperio de las Zares.

Se trata de un librito con la obra de Goette, titulada "Werther", que el emperador llevaba siempre consigo y en cuya lectura se enfrascaba en cuanto el ruido del cañon y los asuntos de la política le dejaban un rato libre.

Según cuenta un explorador alemán recientemente llegado de un largo viaje por Africa, los indígenas de la tribu de Musgum, en el Kamerún, cerca del lago Chad, duermen de una manera curiosísima. Como las noches son muy frías, las camas que son de piedra y tienen la forma de un ataúd y están colocadas sobre un terreno que tiene un hoyo de la largura del lecho; en ese hoyo se

meten pajas y ramas secas y se le prende fuego; para templar y calentar al durmiente.

Lo tiene establecido en el pueblo de Tuckee, en California, la señorita Ximena Mac Glashan. Se dedica á cultivar mariposas y, por consiguiente, orugas.

Una vez que las papillonáceas han alcanzado su completo desarrollo las disecca y las vende á los museos, naturalistas y coleccionistas.

En mes y medio, durante el verano pasado, vendió 6.200 mariposas, que le dejaron un beneficio líquido de ochenta horas esterlinas, unas 2.150 pesetas próximamente.

La idea de un caballo con dos cabezas nos transporta á los tiempos de la mitología.

CABALLO CON DOS CABEZAS

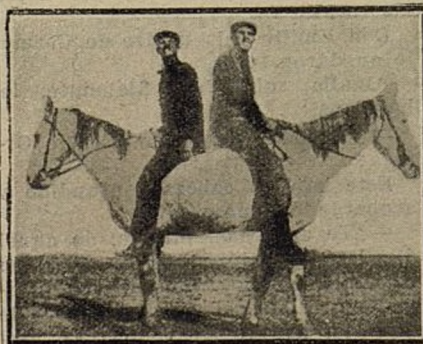
Entonces había centauros, hidras, concerveros y otros bichos raros que tenían el número de cabezas ó de abos que la imaginación quería originarles.

Sin embargo, nuestro grabado no reproduce nada mitológico, pues por los trajes de los jinetes bien se puede ver que es cosa modernísima, reproducción de una fotografía sacada de los dos caballos nada tienen de los antiguos héroes griegos ni romanos.

Al ver el grabado nuestros lectores se preguntarán: ¿Qué ocurrirá si á las dos cabezas se les ocurre "tirar pa lante"?

La contestación es sencilla: No se le ocurrirá, porque aunque dicen que la fotografía no miente, en este caso es una trapalona.

Este caballo de dos cabezas ha nacido de la habilidad de un fotógrafo, impresionando una fotografía con



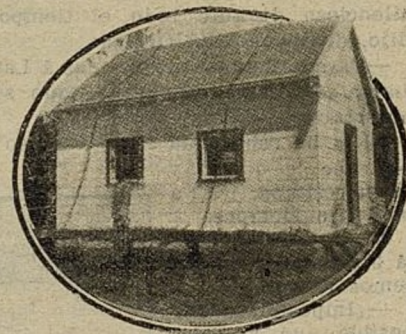
dos clichés y arreglando la unión tan primorosamente que es difícil ver la trampa.

En las islas Viti del Pacífico se desencadenan tan terribles huracanes, ciclones de

CONTRA LOS CICLONES

tal fuerza y empuje que arranca árboles de cuajo y se lleva cabañas, chozas y casas por los aires, causando terribles daños y numerosas víctimas.

A un campesino se le ocurrió no hace mucho, al anuncio de un huracán, sujetar su casita con fuertes



cadenas que, pasando sobre el tejado, se ajustaban en tierra en barras de hierro. A pesar de la violencia del ciclón, que derribó muchos edificios, varios de ellos de piedra, la casa de madera indicada no sufrió lo más mínimo.

En vista del buen resultado de la experiencia, inútil será decir que todos los propietarios de inmuebles se han procurado sendas cadenas como preventivo único contra los ciclones.

La masa ó montón de heno más grande del mundo, dicen se encuentra en la actualidad en Corcovan, país de Tulare. La niara gigantesca contiene 1.600 toneladas de alfalfa empucada, y tiene catorce metros de altura y ocupa una extensión de más de mil metros cuadrados.

El valor, la energía, son virtudes que el montenegrino posee en grado máximo. Cuando nace una niña, la madre suele exclamar:

—No le deseo belleza sino valor. Sólo con el heroísmo se conquista el amor de los hombres.

Herman Dunker es un individuo de Brooklyn que trataba bastante mal á su mujer, no la golpeaba, pero jamás la acariciaba y la trataba con desprecio. Llevado á los tribunales por su cara mitad, fué condenado á portarse bien durante siete años. Mientras dura la condena su mujer tiene que avisar diariamente á la justicia y entre otras cosas para probar el cambio de conducta de Dunker ha de manifestar que su mujer ha recibido por lo menos dos besos de su esposo en veinticuatro horas.

Sí que son graciosos los yankis.